

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 ptas
Subscripción España un trimestre	1'00
Extranjero	1'50

Instintos brutales

Los grandes hechos de la humanidad han sido siempre precursores de grandes transformaciones. No dudamos de que el ya demasiado largo período sangriento que se está desarrollando, ha de ocasionar honda perturbación que producirá sus efectos en las luchas sociales.

En efecto: Es altamente sorprendente en esta época de crítica, en que la mayor instrucción del obrero es innegable, puedan los gobiernos disponer a su antojo de grandes masas proletarias para llevarlas a la guerra sin otro objeto, en la mayor parte de los casos, que la conquista de territorios. Y es esto sorprendente porque no responde a la educación de los pueblos.

Educados en el amor a la patria y en el sacrificio por el honor de la bandera, encontraríamos natural que el pueblo fuera a la guerra con entusiasmo cuando estas cosas peligraran, el que vayan a defender intereses que ni siquiera moralmente les afectan en nada, sólo puede explicarse por el instinto sanguinario de la raza.

Nos traen estas consideraciones lo que ocurre con los pequeños Estados de los Balcanes, que un día se coligaron contra Turquía y hoy combaten entre sí encarnizadamente.

Con el pretexto de atropellos más o menos reales, los Estados balcánicos se unieron para combatir a lo que llamaron el enemigo común, y realizándose una vez más el axiomático principio de que la unión es fuerza, fácil les fué la derrota de los turcos, apropiándose de los territorios que necesitaban para sus expansiones comerciales. Pero como eran cuatro los Estados aliados y la intervención de las potencias no les permitió ir hasta donde sus instintos guerreros les hubieran llevado, a la hora de repartir el botín ninguno ha quedado conforme e imitando a los bandoleros profesionales han pensado—muy cuerdoamente, por cierto—que por los mismos medios que habían arrebatado a Turquía de lo que con arreglo al derecho internacional era de ellos, podían también arrebatárselo entre los conquistadores, sin escrúpulo de conciencia, pues sólo habrían hecho practicar aquello de «el que roba a un ladrón...»

Como también los ladrones profesionales tienen su moralidad, y esta consiste en considerar sagrada la propiedad... de ellos, los serbios, griegos y búlgaros han echado mano a las armas para defender el sagrado principio de la propiedad de lo que ellos han robado.

Y es penoso y produce indignación ver como aquellos hombres que hace poco tiempo peleaban juntos realizando heroicos sacrificios dignos de causa más noble y más justa, hoy pelean entre ellos mismos como enemigos irreconciliables, produciéndose miles de muertos y heridos que la prensa oculta diciendo sólo que las pérdidas de los combatientes han sido considerables; que el campo quedó cubierto de muertos y heridos, no sabiendo aun su número exacto por haberse hecho

de noche, lo que dificultaba la recogida de la Cruz Roja.

Esto es lo inconcebible. ¿Es posible que en pleno siglo xx, después de cuanto se ha dicho y escrito contra la guerra, de los grandes esfuerzos hechos por el proletariado militante internacional, de las grandes manifestaciones antiguerreras, haya tal número de imbéciles que mueren y matan sólo por vanidad, pues ni siquiera existe la razón del amor a la patria, ni dignidad ofendida que lo justifique? ¿Será posible que la semilla esparcida por hombres altruistas, a costa de su libertad y hasta de su vida, haya sido infecunda a pesar de haber caído en terreno que parecía propicio para el arraigo de los grandes ideales de liberación humana?

Desgraciadamente los hechos demuestran esto. El hábito de esclavitud, de sumisión y de obediencia está tan arraigado, que al oír la voz del amo se olvidan de cuanto bueno poseen y acuden donde les mandan aquellos a quienes desde la infancia les acostumbraron a obedecer.

La guerra actual entre los Estados balcánicos es la mayor consagración a la ambición y a la estupidez humana. Puede engañarse a los pueblos—y se les engaña—haciéndoles creer que son asuntos patrióticos lo que sólo es un verdadero latrocinio; puede hacerse creer que existen los enemigos tradicionales de raza y religión; pero lo que no es fácil hacerles creer es que los mismos que juntos han combatido defendiendo la misma causa y realizando idénticos sacrificios puedan ser enemigos al día siguiente y utilizar contra ellos las armas adquiridas para su defensa.

Gobiernos que a esto se atreven sin temor a un alzamiento popular que los arrolle, están convencidos de la mansedumbre de los pueblos. En este caso se hallan los búlgaros, los serbios y los griegos, si bien estos últimos tuvieron un Alexandre Schinas que elocuentemente y contundentemente, demostró al rey Jorge, en Salónica, que no todo son ganancias cuando se juega con la vida del proletariado.

Claro está que a pesar de lo que ocurre los hombres progresivos no cesarán en la propaganda de sus rehenes ideales. Sabemos que unas veces con celeridad halagadora y otras con lentitud desesperante la idea marcha. Tal vez el actual período es el de lentitud y lo aprovechen los gobiernos de los Balcanes. Aprovechemos también nosotros la lección y sirvanos para redoblar la propaganda en contra de tanta infamia como se comete abusando del estado de atraso e ignorancia de los pueblos. Las guerras son una afrenta para la humanidad y hay que terminar con ellas; pero esto no ocurrirá mientras el proletariado militante no multiplique sus esfuerzos. Y esto es necesario. Lo exige la dignidad humana constantemente ultrajada por los que desde las alturas del poder detentan todos los derechos, todas las libertades.

La obra de los apóstatas

Aunque nuestras palabras caigan en el vacío, aunque nuestros conceptos no hallen eco en la multitud, no por eso dejaremos de señalar a ésta las bajas apostasías de sus falsos caudillos, en la creencia de que, tarde o temprano, darás cuenta de la ofuscación en que se halla, de los errores que ha consolidado su fanatismo y su pasión. Cien veces se ha escrito y evidenciado la falacia de los jefes políticos, y otras cien habrá que repetirlo, hasta que la conciencia de la propia dignidad impulse a los sumisos a revolverse contra todos los mandatos tutelares.

Tiene la pluma ciertas complacencias ante el desvío, reconocido; pero no puede otorgarlas en modo alguno ante la repetición sistemática y constante de los mismos desatenciones, sumisiones y prejuicios. Porque causa dolor, vergüenza y asco a la vez ver la indiferencia con que el pueblo acoge las palabras y los actos de quienes fingen representarle, actos y palabras que se hallan abiertamente en pugna con los íntimos deseos de la masa popular. Nada objetaríamos, y aun la señalaríamos como una victoria, si esa indiferencia constituyese el fruto de la emancipación de aquellos militantes, por lo que respecta a los errores políticos, si hasta los de tan palpables embustes emprendieran un nuevo camino que no fuese el de la idolatría ni el de la humillación. Pero, a pesar de cuanto se diga en contra,

dad marchite su ilusión; así lo impone la santa rutina, así lo exige la tradicional mansedumbre.

Concretemos por milésima vez. Hace algún tiempo que los jefes del partido, o de los partidos republicanos, desechando los principios más o menos radicales que informaban las tácticas de antaño, hicieron patente su disconformidad con las doctrinas de violencia y propagaron, con empeño sospechoso, un moderado criterio que indujese a obrar con cautela y previsión. Si comedidos fueron en el terreno de los principios, no podían serlo menos en el terreno de los hechos, y ajustaron su conducta a las exigencias o deseos de los jefes gubernamentales. Su agresiva actitud, trocóse en completa tolerancia; su oratoria viril, en discursos a cual más sensatos y legalistas.

Ello dió mucho que hablar a los partidarios del republicanismo y a los ídolos de aquellos jefes. Ciertamente, el caso no era para menos, ya que un cambio tan rápido en la manera de pensar y de obrar de los voceros de la república debía suscitar sin duda alguna las suspicacias de la masa. Los que saben descubrir con la mirada o con el análisis la realidad oculta de las acciones maquiavélicas, diéronse inmediata cuenta del alcance que tenían las mentadas actitudes. Los que sólo saben apreciar la parte externa de las cosas, no acertaban a definir el hecho y manteníanse únicamente en la duda.

Sin embargo, ¿qué había de cierto en el fondo? Una completa apostasía, ya tradicional en los jefes de la oposición, pero hábilmente encubierta a los ojos del pueblo. Nuestros periódicos y nuestras revistas expusieron repetidamente a los trabajadores adheridos a la política republicana toda la verdad de aquellas apostasías y señalaron los graves perjuicios que a la causa del proletariado irrogan. No se hizo caso de tales demostraciones, o si lograron despertar la curiosidad de los interesados, fué de una manera casi imperceptible. Y hoy, los recientes discursos pronunciados en pleno mitin y en pleno parlamento por Lerroux, Melquiades Alvarez, Azcárate y demás arlequines de tan miserable farsa, vienen a confirmar plenamente nuestros pasados asertos. Ya no es la mentira mal cubierta con el ropaje de la elocuencia rebelde lo que predomina e ilusiona a los más entusiastas; es ya la descarada y pública claudicación, el total abandono de ideas o principios, la única labor de los prohombres de la izquierda. La burla inferida a sus partidarios no puede ser más baja ni más cruel. ¿Qué dicen a todo esto los incondicionales de Alvarez, de Azcárate, y muy especialmente de Lerroux? Porque no se trata de declaraciones mal interpretadas ni de actos más o menos disculpables. Es hora ya de que aprendan a estudiar el problema con más elevación de miras que el menguado criterio expuesto en las columnas de sus respectivas Gacetas, con tendencia a tergiversar hasta lo evidente e indetectable.

Alvarez y Azcárate han declarado, públicamente, compatible la democracia con el régimen actual, y Lerroux, aunque empleando otros términos, ha prestado su aquiescencia a tal criterio. ¿Pues no afirmaban antes, con mucha seriedad, que la monarquía es el mayor obstáculo opuesto al libre ejercicio de los derechos individuales? ¿Es que lo que entonces era malo y arcaico se ha transformado, por arte de magia, en lo más admirable de nuestra organización social? ¿Dónde están los procedimientos que lo atestigüen? No; digamos una vez más que todo ello es debido a la insaciable ambición de dominio y de lucro de los jefes republicanos. Pasaron los tiempos en que un Pi y Margall enaltece sus doctrinas con la honradez y la sinceridad de sus actos. Hoy, unos y otros; son capaces de mixtificar todo el credo republicano a cambio de una cartera en un gobierno monárquico, y de vender a todos sus correligionarios a cambio de un lujoso automóvil o de un miserable puñado de acciones bancarias.

¿Cómo podía Melquiades Alvarez hacer obra demoledora o revolucionaria, si vive de los espléndidos cargos de consejero de las grandes compañías monopolizadoras, cuyos primates son al mismo tiempo los mantenedores de la situación actual? Había de recurrir forzosamente al embuste para conservar sus sueldos y obtener, además, el acta de diputado. Él aspira a gobernar, según declaración suya, esto es, a posesionarse de los resortes que facilitan las prebendas, y aunque sea sumándose a los conservadores, él se saldrá con la suya. ¿Valen tan poco las ideas!

De Azcárate sólo cabe decir que con su neutralidad ha prestado más servicios a la situación que cualquiera de los prestigiosos prohombres monárquicos.

Con todo, Lerroux les ha superado en astucia y desvergüenza. Vanagloriarse en pleno parlamento, con la mayor frescura,

de haber hecho fracasar varias huelgas y de haber desorganizado en parte las sociedades obreras de resistencia de esta capital, es el más grave de los descaros e insolencias, y si los obreros que militan en su partido tuviesen tan sólo una partícula de dignidad, obrarían acto continuo en la forma que deben obrar los luchadores conscientes. Si Lerroux, como político, no puede emanciparles económicamente desde las columnas de la Gaceta, y, por otra parte, se dedica a desorientarles en sus luchas para privarles hasta de las pequeñas mejoras que, como asalariados, lograrían obtener, ¿qué pueden esperar de él? Nada, absolutamente, como no sean burlas y falsedades. Mientras sus adeptos se verán privados de lo indispensable para vivir, él se lucrará con las rentas acumuladas a fuerza de engaños y bajezas, y acostumbrado a las comodidades del automóvil, irá olvidando, poco a poco, a la masa esclava, que con su apasionamiento le encumbró. Predicando a los babies un poco de revolución cada día, va realizando sus planes particulares, y así como Blasco Ibáñez se desentendió del partido y de la idea para convertirse en potentado, él se aprovecha de la idea y del partido como un medio para obtener las riquezas y el bienestar. Y he aquí cómo la Casa del Pueblo viene a ser, con arreglo a sus componendas, la base y el complemento del Banco capitalista que él mismo fundó.

Mediten desapasionadamente cuanto queda expuesto los proletarios que aún permanecen en las filas republicanas y también en las socialistas, que en estas cuestiones se confunden ambas, y déense cuenta de la deplorable situación en que se hallan. Piensen en que, antes que políticos y partidarios de tal o cual personaje, son asalariados, son esclavos del capital. Tengan en cuenta que lo más interesante y beneficioso para ellos no consistirá en recibir como limosna un derecho político, inútil, que puede ser anulado o contrarrestado mediante otras disposiciones, sino en lograr que nadie se apodere arbitrariamente del fruto de su trabajo y en participar con equidad de las ventajas que los avances de la verdadera civilización van introduciendo en la sociedad humana, disfrute que hoy les niega el privilegio contra toda lógica y razón. Acaben con los errores políticos y comiencen la lucha en el campo económico, que es más positivo preocuparse de las propias necesidades que no satisfacer los injustos caprichos y las ambiciones ajenas.

Y si bien no hemos dicho nada nuevo, en cambio hemos expresado algunas verdades que hasta el presente nadie ha logrado destruir.

FERRERU FRUCTIDOR

CONFERENCIA

El próximo domingo, día 13 del corriente, el viejo y querido luchador Anselmo Lorenzo dará una conferencia, a las diez de la mañana, en el Teatro Español, sito en el Paralelo, desarrollando el tema «La masa popular».

Excusado es decir que recomendamos la asistencia a dicho acto a todos cuantos por el progreso de las ideas emancipadoras se interesan.

Cómo se forman los hombres

Los hombres se forman en la escuela. Las inteligencias se desarrollan y los niños adquieren ideas y sentimientos mediante la instrucción y la educación. Generalmente, el maestro ejerce sobre el niño mayor influencia que los padres y el medio ambiente. El maestro moldea el espíritu del niño; en su cerebro imprime una huella profunda, le inculca las ideas y sentimientos que quiere. Es el maestro, o debiera serlo, un forjador de inteligencias; él forma—o deforma—los entendimientos y conciencias de sus educandos. Cuanto más perfecta sea la enseñanza que reciben en la infancia, tanto más inteligentes, bondadosos y aptos para la lucha por la vida serán los individuos.

La eficacia de la instrucción y educación es tan grande que todos los partidos políticos y religiosos luchan constantemente por apoderarse de la escuela. Tener la hegemonía en la escuela es la obsesión de todos, pues ser dueños de la enseñanza es poder formar a la infancia a la medida del propio deseo, es imperar en la sociedad, es ejercer sobre las futuras generaciones una influencia sin la cual sería difícil dominar a los hombres.

Lo que más temen las clases dominadoras, es que el pueblo trabajador, por esas clases despojadas de sus derechos, se instruya. El ideal de todos los privilegiados sería que todos los desheredados fuesen analfabetos, completamente ignorantes, porque así casi desaparecería el peligro de que llegaran a penetrar el por qué de las injusticias de que son víctimas, y con la comprensión viniera el deseo de acabar para siempre con ellas.

Y poco menos que por completo va la clase capitalista realizado tal ideal, pues

sin los beneficios de la enseñanza queda una parte de la descendencia proletaria, y deficiente y favorable a los deseos de la burguesía es la enseñanza que la otra parte percibe.

Y mientras sea así, mientras los hijos de los obreros carezcan de la más elemental instrucción o vayan a recibirla en las escuelas fundadas por los hombres del Estado y la Iglesia, verifica una transformación radical, honda, absoluta en el modo de ser de la sociedad, será cosa harto difícil. Porque para luchar contra el capitalismo, para protestar de las injusticias autoritarias, para asociarse con el fin de alcanzar mayor suma de bienestar dentro del actual sistema social, para realizar un movimiento revolucionario, es suficiente el simple deseo de mejorar, el sentir la iniquidad, el poseer un temperamento rebelde. Pero todo eso no es bastante para organizar una sociedad nueva. Es más difícil construir que destruir.

Para establecer una sociedad libre e igualitaria, no basta con querer: es necesario saber. ¿Sabrán ahora la mayoría de los obreros como organizar esa sociedad? Seguramente no. Y como no saben, tampoco quieren. Es todavía demasiado ignorante la clase trabajadora. Para lograr su total emancipación tiene aún que aprender mucho, ha de adquirir una capacidad que, desgraciadamente, está muy lejos de poseer. Hasta para conseguir algún beneficio económico inmediato, hasta para que la protesta sea algo eficaz, hasta para la lucha es necesaria la cultura. Los trabajadores más rehacios a la asociación son los más ignorantes. El proletariado militante es mucho más inteligente y culto que la masa obrera que nada hace para salir de la esclavitud capitalista.

Si todos los trabajadores estuvieran ilustrados, si conocieran las causas verdaderas de su triste situación y supieran el modo cierto de implantar un régimen social más en armonía con la razón y la justicia que el presente, es seguro que no tardarían en organizarse fuertemente para dar pronta cuenta de esta infeliz sociedad, de este estado social en que, por la fuerza de las circunstancias más que por natural inclinación, los hombres se conducen peor que lobos.

Es necesario, si se quiere realizar una obra verdaderamente eficaz, ilustrar al pueblo. Es preciso instruir, difundir la cultura, amarla, despertar el deseo de saber, excitar al estudio. Hay que procurar que cada individuo llegue a poseer los conocimientos indispensables para que sea capaz de emanciparse por sí mismo.

Nuestra principal labor debiera consistir en formar generaciones superiores, físicas, intelectual y moralmente a las actuales. De lo que más debían preocuparse y ocuparse los trabajadores es de la instrucción y educación de sus hijos. Pero no es así.

Mucho clamar contra la ignorancia, mucho cantar las excelencias de la enseñanza racionalista, pero muy pocas escuelas. En esto, como en casi todo, no llevamos a la práctica nuestras ideas. Somos teóricos, nada más que teóricos. Y especialmente en la cuestión de la enseñanza, conviene ser prácticos. Los que se precien de hombres libres deben agruparse con el exclusivo objeto de abrir escuelas donde las facultades de sus hijos se desenvuelvan ampliamente y aprendan a pensar, a sentir, a obrar con pleno conocimiento de causa.

Junto a la sabia máxima de La Internacional: «La emancipación de los trabajadores tiene que ser obra de los trabajadores mismos», ha de ponerse esta otra: «Los hijos de los trabajadores deben ser educados en escuelas fundadas por los mismos trabajadores».

Sólo a ese precio lograremos que nuestros hijos reciban una enseñanza limpia de prejuicios y rutinas. Solo en escuelas establecidas por obreros conscientes se conseguirá que la instrucción y educación de los niños sea verdaderamente racional. Sólo así podemos confiar que las futuras generaciones sean aptas para organizar la sociedad sin explotadores ni tiranos.

Atafole France ha dicho en reciente discurso que no se podía alimentar la esperanza de que los hombres fueran mejores; pero yo creo que puede y debe alimentarse esa esperanza. Porque pareceme a mí que los hombres son cada vez mejores, que el nivel intelectual y moral de la humanidad sube incesantemente, que el número de los buenos va en aumento y que los malos dejarían de serlo en un ambiente social más puro que el actual. Y abrigo la firme convicción de que la escuela los hará mejores, de que por medio de la instrucción y educación racional se logrará formar generaciones de hombres inteligentes y bondadosos que barrarán los motivos que determinan las malas acciones de los individuos, que transformarán la sociedad de modo que resulte innecesaria la práctica del mal.

Tratemos, pues, de multiplicar las escuelas racionalistas, que en ellas se formarán los hombres que deseamos.

JOSÉ CHUECA